

CASIODORO

Paco Carreño

Larvas rosadas, amarillentas, cárdenas, visibles en la agitación de hojas recién llegadas a Calabria. Filas de orugas claras, de bosque a bosque, peludos riachuelos de luz ambarina. Todo el espacio de valles y montes enredado en zumbidos constantes: un terremoto sin tregua, seducido lentamente, esparcido con gran detalle por los días y las noches de una primavera imparable.

Sobre los lobos en celo cae una loca lluvia de polen, oro a raudales sobre los ríos lanzados, apesadumbrando su marcha con una costra de terciopelo, rasgada por elásticos rayos de ida y vuelta: cuerpos ansiosos, pequeños saltos suicidas al abismo invertido, colas, colas hacia las fuentes.

Es la estación de los afiladores. Rueda sobre rueda montan las piedras amoladeras a los carros y se dejan caer por todos lados, arrastrados aquí y allá por plácidas bestias de vergas enormes. El caramillo siempre al otro lado de las tapias, de los muros, de las almenas, del lado del torrente y la jauría.

Hoy le toca el turno al monasterio de Vivarium. Un inaudito rajar de piedra se cuele por el claustro; tremendo viene a posarse sobre la trompeta miniada del Apocalipsis, todavía fresca de tinta roja. Flavio Magno Aurelio Casiodoro se calma enseguida. Por un momento la miniatura se había animado, llamando a todos a entregar sus cuerpos, su carne de balanza definitiva. A los amanuenses todavía les tiembla el pulso. Ávidas de miedo las letras se les salen de las cajas de escritura.

El ruido persiste, más humano ahora. Imposible concentrarse. Casiodoro suspende por hoy la copia, sale del escriptorium, cruza la biblioteca. En el patio da vueltas alrededor del pozo.

El chirrido le aguza los oídos, le empuja a la farmacia. Sin algodón nada le queda para huir del ruido sino la estrecha escalera ciega de caracol, por la que nadie sube ni baja, tan evocadora, piensa él, de la postrera senda de los justos.

Allí, para sentir mejor la muerte se sienta sobre uno de los peldaños y se esfuerza en aceptarla, en atravesarla con esta nueva estridencia. Muchas otras veces se ha ocultado ahí en silencio, los ojos abiertos a la oscuridad, intimando con la hora fatal. Y siempre era lo

mismo, extensos campos de asfódelos recorridos sin encontrar un final, los caminos borrados bajo infinidad de flores pálidas: una primavera luctuosa, reforzada por ese verde tan intenso y severo, con el cielo poblado por una enrojecida lucha de cometas. Él caminaba con el aire de un chiquillo despreocupado, de un espantapájaros, hacia el horizonte multiplicado por campos y más campos de asfódelos. Así durante horas, hasta que el hábito marrón de penitencia se daba la vuelta y podía ver muy claramente cómo debajo de la capucha las fosas orbitarias le miraban, la mandíbula sonreía casi naturalmente, cómo las falanges de la mano descarnada levantaban con un gesto femenino el borde del tocado y echaban para atrás, insinuando un estremecimiento de bosque ansioso sobre su cráneo pelado. Después, con un aire de gata ofrecida al sacrificio se agachaba muy despacio. En cuclillas inclinaba la cabeza, resplandeciente de una luz helada. Poco a poco se erguía, rozándose sensualmente el borde de las vestiduras, primero contra las tibias, luego suave sobre las rótulas, por los fémures, hasta dejar descubiertas las caderas y la caja torácica. Pronto la vestidura quedaba por el suelo y el esqueleto, al que Casiodoro no dejaba de reconocer en ningún momento como suyo, grácilmente, preocupado por destacar con elegancia cada uno de sus huesos, avanzaba contoneándose hacia él, aplastando asfódelos como si fuesen uvas maduras destinadas a un vino eterno.

Pero ese día no hay vuelta ni reconocimiento. El monje aparece, como siempre, sigue andando y se marcha, doblando el horizonte. Casiodoro, solo frente a los asfódelos, pasa casi una hora y media en la cámara oscura de la escalera. Frente a él, el incansable chirrido estridente envuelve los prados alucinados en un abrazo loco, metálico. Cuando el paisaje se hunde en el silencio siente el gusanillo del hambre y baja hasta la cocina.

Como una estrella asesina los cuchillos recién afilados cercan el frutero. A salvo, mas ofrecidas, las manzanas reinan sobre la mesa. Pelando una de ellas con mucho cuidado para no cortarse Casiodoro se acerca a la ventana. Son las vísperas y sabe que llegará tarde a la oración, pero abre los cristales para mirar sin reflejos el crepúsculo sangriento del atardecer. Gruesos coágulos borbotean tras los montes. “El cielo es un cuchillo de muy viejas sutilezas”, piensa Casiodoro, al tiempo que siente la manzana flotar en su mano, y su aroma confluir con el de los almendros del huerto.

De repente algo le golpea el rostro y le rompe el arrobó. Es una odiosa mariposa nocturna. Atraída por la luz de los candiles ha entrado y se pierde por la habitación, revoloteando torpemente. Siempre que uno de esos bichos entra de noche en su celda Casiodoro no descansa hasta verla expulsada, pero esto es la cocina y ni mucho menos se verá obligado a compartir la noche con esa criatura extraña.

Allá en el horizonte el cielo se va apelmazando en cúmulos de ceniza. Mientras mastica la carne fresca y crujiente Casiodoro se divierte pensándose noche de la manzana. Corta otro pedazo y lentamente se lo lleva a la boca. Sonríe al pensar en los monjes, que verán vacío su lugar en el coro.

Pero ¿qué es ese cosquilleo en el dedo? Con el sobresalto la manzana sale disparada y se impregna de mil adherencias asquerosas por el suelo. Casiodoro decide vengarse, decide segarla en dos pedazos con su arma. Asienta el cuchillo en su mano y aprieta el mango, dejando que la furia se apodere de él a golpes de ala sobre la frente, sobre las cejas, sobre los párpados ya, cuando acomete un compás extraño, un paso rápido hacia atrás para ganar perspectiva y zás, sin probar las armas lanza una manotada soberbia; pero el siniestro contrincante corre el élitro y en una cadena de desplantes alza el vuelo y se engarba hasta la coronilla tonsurada de su diestro batallador. Allí rastrea, removiendo una cabellera sucia, donde los piojos comienzan a despertarse. Casiodoro siente la quemazón de infinidad de pinzas atenazar las raíces de su población capital. En lo más enralecido, una colectividad de brinco punzantes aplica sus trompas de piqueta sedienta sobre un manantío cada vez más enrojecido. Sobrevolando el picor conreina la mariposa, con sus dobles aplausos de abanico escamoso.

Con toda esa sangre en la cabeza no es extraño que Casiodoro se emborrache de cólera, que con un movimiento brusco y nada meditado arremeta en un molinete ofensivo de ida y vuelta, que caiga al suelo y mire con rabia cómo su contrincante señorea la luz de los candiles.

Investido de harto furor, proyectado por el resorte de la venganza, el monje de esgrima se levanta con asalto despiadado. Satisfecho de su aspaviento ha creído contarle los ocelos. Ciego de rabia como está, nada sobrevuela su contorno, mas pronto hay un zumbido a su derecha. Antes de que pueda reaccionar un grito como una aguja de pino choca en su tímpano y lo traspasa, yendo a revolcarse como un cerdo enano por el delicado circuito de su oído. Mil ecos abofetean su cabeza, a la vez que provocan tal marea seca que Casiodoro ha de sentarse para recobrar el equilibrio. Mientras el péndulo de su verticalidad busca dentro de la danza su punto grávido, los muebles y enseres a su alrededor se van centrando sobre sí mismos: la mesa deja de acaparar con su masa viscosa las sillas, las ollas de cobre detienen sus codazos blandos sobre la pared.

Casiodoro se tambalea todavía un poco. Y pensar que en un principio se había perdonado la vida, a ese monstruo, cuando se puso a mirar el cielo tontamente. Ahora le busca con los ojos turbios, decidido a acabar con ella. Enfoca la pila y la ve abrevando un agua

sucia junto al sumidero. Cuando la vista se aclara, como respetando ciertas normas caballerescas, la mariposa vuelve a la carga y en el aire se posa a dos centímetros de su entrecejo. Ha de bizquear para observarla.

Entonces, sereno por primera vez, comienza un minucioso floreo ante sus ojos. Con un suave muñequero practica ralentizados altibajos en combinación con reveses convencionales. Ya está a tres, a cuatro centímetros; a seis, piensa fríamente, será la gran cornada. Ella le sigue el juego sin alejarse apenas. Puede verla con todo lujo de detalles: las antenas se mueven rítmicamente, a un compás distinto al de las alas, el tórax y el abdomen parecen obedecer a una ondulación precisa y mecánica. Al principio estaba fija sobre un punto, esquivando en el último momento el filo, para volver enseguida y mostrar su danza; pero desde hace un momento ha empezado a ir de izquierda a derecha, flojito, como si colgase de un hilo invisible, siempre en la misma línea ideal, perpendicular a la mirada. Casiodoro tiene los dos brazos colgando y sus ojos van de derecha a izquierda, de izquierda a derecha, de derecha a izquierda. El compás se abre cada vez más, imperceptiblemente, como el bajo de una sinfonía visible, a la que se añade ahora el roce de los palpos y un estremecimiento sincopado de cierta vellosidad, una voluptuosidad anárquica en ese orden que viene a estrellarse contra su ojo abierto a las puntiagudas garras de las patas, a la pelambre hirsuta del bajo tórax, a un líquido ácido y la ceguera.

En adelante todo será un compás trepidante, sin espacio para fintas ni tretas reflexivas. Armado con dos cuchillos Casiodoro cortará el aire en mil pedazos. No dará respiro a su enemiga hasta que muy cansado del manoteo se sentará cabizbajo entre resoplidos, momento que ella aprovechará para deslizar su baile por el aire batido y venir a lamerle el sudor a raudales por el cuello. Entonces, sin pensarlo dos veces, frente a la gran oportunidad, querrá dar la estocada final y la dará: de un solo tajo, la yugular.

Los monjes terminaron sus vísperas, hermosas como nunca. Cuando entraron en la cocina todo estaba patas arriba: cazos, sartenes y cubiertos por el suelo, la mesa volcada, y sobre las paredes, rasguños y cuchillos hincados varios dedos en el yeso. Más o menos en el centro de la habitación, Casiodoro yacía sobre un charco de sangre rizada por el viento perfumado de la noche calabresa. En el cuello tenía, cómo no, una acherontia atropos, más conocida por la mariposa nocturna Esfinge de la Calavera, habitual en muchas partes de Europa, África y Asia.